

ESPACIOS SENTIMENTALES DE ANTONIO PEREIRA

Nicolás MIÑAMBRES

1. Introducción

Mis palabras pretenden sólo un recorrido elemental por la narrativa menor de Antonio Pereira: el conjunto de relatos integrado hasta el momento por nueve libros, que se inicia en 1967 con *Una ventana a la carretera*, y cuya edición ha llevado a cabo con pulcritud y precisión José Carlos González Boixo con el título *Recuento de invenciones* (Madrid, Cátedra, 2004). A todo ello añadido el comentario de una publicación muy reciente, que me parece una curiosa confirmación de la narrativa menor de Antonio Pereira. Con todo, no es justo ni preciso hablar de narrativa menor. Tal vez este campo de los relatos sea el más idóneo para recoger la actitud humana y estética de muchos escritores, y especialmente de Antonio Pereira. Los cuentos mantienen una clara diferencia con la poesía (referencia siempre subjetiva, provocada en muchos casos, frente a la realidad) y la novela, un campo demasiado externo al autor, salvo cuando está planteada con recursos autobiográficos.

Por ello, no es arriesgado afirmar que en los cuentos de Antonio Pereira estos espacios sentimentales se hallan entre el tono lírico y subjetivo de la poesía y el más distante que ofrece la novela. En su obra *Países poéticos de Antonio Pereira* (León, Universidad de León, 1996), Carmen Busmayor hace patente la urdidumbre literaria de la poesía de Antonio Pereira, reflexionando sobre espacios y temas. Mis palabras serán por tanto, si acaso, una mera complementación.

Si hablamos de "espacios sentimentales" no estará de más citar algún poema de Antonio Pereira como confesión poética de esa actitud vital, presente siempre en los relatos. El primer poema de Antonio Pereira (lejano en el tiempo pero no en el tono ni en el espíritu) puede servir de poética narrativa y humana. Apareció en 1964.

"Afirmación de vecindad"

Soy de una tierra fría, pero hermosa.

Aquí la nieve, la esperanza helada
de que se alumbre cada madrugada
el destino difícil de la rosa.

Y me basta. Me basta si esta rosa
que al fin ha de nacer inmaculada
se la puedo decir a quien me agrada,
a quien conmigo va y en mi reposa.

Queden en el dorado mediodía
la pronta floración bajo otros cielos
y los mares con lunas navegables...

Yo, con vosotros. Dando cada día
testimonio de cómo entre los hielos
abre el amor sus minas imborrables.

(Del libro *El regreso*, 1964)

Cualquier lector de Antonio Pereira puede comprobar cómo en estas confesiones poéticas se anticipan aspectos temáticos diversos presentes después en sus relatos, reflejos tantas veces de ese "huerto familiar de la costumbre".

2. "En el centro de mi propio lugar, yo me sentía como un poco viajero".

Así se expresa el narrador (una especie de alter ego, literario solamente) del propio Pereira. Lo hace muy pronto, en "El ingeniero Balboa", el primero de los relatos de su segundo libro. Postrado en la UVI de un hospital, el narrador recuerda un amor de juventud: su pasión por Elena, bastante mayor que él. El recuerdo ennoblece las experiencias y, a través del amor, dota a los espacios (más sentimentales que nunca) de una aureola de significados, sin que esté ausente el cosmopolitismo:

"A media tarde (y no va a ser ocasión menor en este memorial desatado) Elena me enseñó a reconocer para siempre esa hora tan afinada y rosa de las cinco, salones de chá en Lisboa; el Claridge de Londres sobre todo, Londres..." Y no falta la transformación del paisaje casi en un locus amoenus medieval: *"Caí en una ocupación enfermiza y secreta (...) Tanteé prados mullidos al lado de prados traidores por su humedad invisible; ruinas monásticas de paz turbada por las culebras; alamedas de verdad espesas, pero bosques falaces con súbitos calveros donde podía sospecharse a un pastor 'voyeur'.* Vemos así cómo en los comienzos de su obra narrativa ya se anticipa un tratamiento literario que va a perdurar en el resto de ella. Como contrapartida, en uno de los últimos relatos, la enfermedad es un agente psicológico decisivo. En el relato "La tuberculosis", (el último de los relatos incluidos en la edición de J.C. González Boixo) el lector descubre un claro sentimiento de panteísmo. *«Aunque nunca había entrado en contacto con la noche»*, confiesa, el estado febril lleva al narrador a una experiencia nocturna no exenta de cierto misticismo religioso y estético.

Estos espacios sentimentales son por tanto la suma de visiones, imágenes o recuerdos que el escritor tiene de la realidad, vivida, pero sobre todo, recreada. Toda esta serie de estratos están presentes en los relatos de Antonio Pereira. Van desde las semblanzas de personajes egregios (pasando por personajes humildes) hasta la visión de un objeto, irrelevante en apariencia, veces transformado en admirable *metonimia*. Es curiosa la variada condición que presentan esos elementos, reales, concretos en apariencia, pero de compleja y rica polisemia. El autobús de Beltrán, en "Beltrán, primera especial" o la mesa o "La bolsa del Papel", del Tanis, en el relato "El primo Tanis"... son ejemplos de este plástico significado de la metonimia, uno de los recursos estudiados con detalle por Carmen Busmayor en Países poéticos de Antonio Pereira. Pensemos en la delicada sutileza de la acotación en el relato "Pastoral": "no más que un resplandor fugaz, sin saber que lo daba la amatista, sin saber qué era una amatista". Las estaciones, y los trenes en concreto, son un buen ejemplo de esta visión, convirtiéndolos en símbolo o en metonimia. Se observa, por ejemplo, "Mientras viene el trenillo":

"Al gallego lo presentían bastante antes de que asomase por la revuelta. Entraba en agujas un toro largo y furioso (...) Toral era por unos minutos una ciudad tan importante como León o Monforte de Lemos".

Con frecuencia, la base real de estos espacios es mínima y, en algún caso, inexistente. Es lo que ocurre, por ejemplo, en el primero de los relatos de Cuentos de la Cábila, "El toque del obispo". Hablando de los misteriosos toques de los maquinistas del tren, el padre le cuenta al niño:

"- Pero el toque de obispo - a mi padre le tiraba su origen - donde hay que oírlo es cuando el maquinista avista la insigne sede mitrada de Mondoñedo; a las ferias de San Lucas te he de llevar.

Luego supe que en Mondoñedo no hay tren, pero eso importa poco cuando la historia es bonita" (p. 333).

La misma fascinación por lo familiar que siente su padre, la siente el autor, un niño solitario y soñador, que halla refugio en la lectura, como se observa en el bello relato de "La ilustre casa de Pereira". El autor narra sus experiencias en Portugal, en casa del tío Duarte: "El tío Duarte se pasaba las horas en estas cuestiones [de la heráldica familiar].

La biblioteca estaba muy fresquita y él bebía agua de Vidago con azucarillos, como Eça de Queiroz, pero a veces se acaloraba porque un heraldista había invertido equivocadamente los esmaltes del escudo de casa y lo que es campo de plata lo pone campo de gules".

El lector queda subyugado por el mundo aristocrático del narrador, pariente lejano de Gil y Carrasco y teórico miembro de esa familia portuguesa de recio abolengo a la que se refiere. El curioso inesperado quiebro del "epílogo" rompe el encanto:

"Todo esto de Portugal se me ocurría a mí con los calores que le ablandan a uno la sesera. Yo leía en los Paúles de mi pueblo el diccionario de apellidos, novelas como *La ilustre Casa de Ramírez*, luego iba al río con los otros chicos y como era el más torpe me hacía el apartadizo; el sentarte a mirar cómo corre el agua te da muchas fantasías y toladas".

Este espacio es, en ocasiones, refugio sentimental para materializar el amor, presente en "El sitio del inglés", en el que la cama supera con creces su condición de mueble para el sueño. En este caso, se trata no del sueño sino... "de los sueños". Pero no falta el espacio representado por una humilde vivienda para acoger la

soledad del obispo, como en "El apartamento". Ni falta la sensación intensamente atractiva que genera el exotismo de la alemana que llega al pueblo. Al alquilar la barbería, "la barbería de la plazuela dejó de ser un anacronismo" para presentarse ante los lugareños como un lugar de atracción irresistible. Paradójicamente, el desenlace hace añicos todos los sueños vividos.

Son variados los espacios irreales (formas de contexto, a fin de cuentas) que recrea Antonio Pereira. No sólo el espacio epistolar y psicológico, reflejado en esa carta que, desde las antípodas, recibe el protagonista, Baltasar Gayoso. Tampoco está ausente el espacio lingüístico, contexto imprescindible para captar el divertido entretenimiento de "Palabras para una rusa", con feliz continuación literaria en "Con 'la rusa' en Tarragona". O el espacio lingüístico, estremecedor, de ese despacho de correos (reflejo dramático de la intimidad descubierta) en el que se sitúa el lacónico texto del telegrama presente en el relato "Seis palabras 4 pesetas". Inquietante se hace también la taberna "El Senado", un espacio poético en el que Pepín Ramos desempeña su papel "de poeta inspirado". En algún momento alcanza los frutos de su esfuerzo creativo y consigue un bello verso:

"Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos". Pero lo que era un espacio iluminado (al conseguir los frutos de la creación) se transforma de repente en un espacio oscuro, cruel, por la indiferencia del parroquiano que, áspero y escéptico, profana el misterio:

"- Es un buen empuce, Pepín. Pero ahora qué".

Espacios del camposanto

Abunda este lugar religioso en los cuentos de Antonio Pereira, aunque casi nunca queda reducido a una localización fúnebre o truculenta. Siempre, un toque estético a amoroso lo libera del sentimiento de destrucción definitiva.

En ese tipo de espacio se sitúa la admirable y estremecedora belleza del relato "Obdulia, un cuento cruel", con la alcoba de Obdulia, la joven moribunda, y la bodega de la abuela Társila, transformados ambos en espacio único de muerte:

"había dado ya las luces de la bodega, las dos bombillas eran de bastantes bujías, y en un santiamén tenía destapadas las cajas de camelias, una inmensidad de capullos, salvados por un tris. Entonces me cogió con fuerza, apartó el pelo que caía sobre la frente y me dijo:

- ¡Vamos!".

En ocasiones, un toque raudo, impresionista de este espacio de muerte sirve de bella y honda evocación humana, como la de esa joven aristócrata, cuya esquila aparece en un ABC, olvidado "en la mesa de mármol del casino". Así la evoca el escritor:

"La condesa Helena contaba diecinueve años de edad y en la tarde del casino de un pueblo como el nuestro, era imposible no ver una verja de hierro entornada, una fuente en un parque, el cuello de una estatua".

Espacio fúnebre y metonimia muy plástica coinciden en el relato "La venganza". El rico solterón don Máximo no puede lograr en vida el amor de Rosalía Martecho González, pero de forma sibilina, conseguirá que el desdén amoroso de la bella le rinda homenaje de por vida. La hace heredera de todos sus bienes, muebles e inmuebles, pero le exige un tributo anual: tendrá que llevarle al cementerio *"dos docenas de crisantemos todos los años en el día de san Máximo Obispo, que cae el 7 de enero, eso es lo que decía pero con más ringorrangos"*.

Abundan los relatos de Antonio Pereira en los que la acción tiene lugar en ambientes cosmopolitas. Unos son actuales, fruto de los frecuentes viajes del escritor, en los que, en compañía de Úrsula su esposa, conoce a eminentes escritores como Borges. En otros casos encontramos escenarios aristocráticos, tanto actuales como de la época del Fin de Siglo, del Modernismo, concretamente. "La divisa en la torre" es una bella confirmación de este ambiente de decadentismo y belleza aristocrática. No faltan en él eco valleinclanescos de algún cuento como "El miedo", de *Jardín umbrío*.

De entre las múltiples muestras de escenarios trascendentalizados dos llaman la atención de forma especial. El primero tiene que ver con los recuerdos de infancia del escritor. Me refiero al titulado "La imposición de manos", uno de los relatos más intimista, polisémico y emocionante escrito por Antonio Pereira. Sobre todo por las alusiones tanto villafranquinas como afectivas. Juan Carlos Mestre es sin duda el mejor testimonio de lo que afirmo:

"El poeta estaba a la puerta de nuestra tienda y por delante pasó una niña del sastre Leonardo Mestre. Una niña pequeña, aunque no sé calcularle los años. Don Antonio Carvajal Álvarez de Toledo se fijó en ella y la detuvo. La niña no se asustó demasiado y miró al señor de la capa con los ojos heredados, del color y la liquidez del mar. Entonces el vate, el que vaticina, posó sus dos manos largas y huesudas sobre la cabeza de Esperancita, tantos años antes de que la niña pudiese ser madre, y allí las demoró. El gesto me conmovió sin saber por qué, y ahora no es ningún mérito hablar de una anunciación".

El segundo está relacionado con la etapa de juventud de Antonio Pereira. En él se da una clara síntesis de espacios. Se trata de "El asturiano de Delfina" y es, de alguna manera, una muestra biográfica y literaria. La cultura, el amor, León, don Antonio González de Lama, la lectura, la montaña leonesa... son elementos de hondo significado.

De alguna manera, todos los espacios sentimentales aludidos (y otros muchos que podríamos citar) están presentes en el bello relato "La espalda de Elisa". En él confluyen dos espacios esenciales de la narrativa de Pereira: las tierras del noroeste y las de la Maragatería. Y, sobre todo, los espacios sentimentales del erotismo adolescente. La belleza del relato tiene su fuente en la espalda de Elisa, fuente también del exquisito y hondo desasosiego que siente su primo Ramón, responsable de una delicada y sublime tarea: dar un masaje a su bella prima Elisa:

"Pero la espalda de Elisa no se terminaba nunca, era como el mar y la libertad. Ramón había ido descubriendo aquel mapa (sin subrayado en el original) detalle a detalle, con sus poros y sus lunares, el reguero de la pelusa dorada subiendo por la rabadilla, a veces la sospecha de una moradura borrándose. (...)

-Ahora me lo vas a hacer por delante, maragatín. Si quieres, cierras los ojos.

El de Santiagomillas, sintió una cosa por el cuerpo, como cuando venía en el Intercar y no te asustes Ramón que en llegando a ese alto se ve hasta América. Pero ya la prima Elisa se estaba dando la vuelta, despacio, despacio".

* * *

3. "Bradomín", una precisa confirmación literaria de los cuentos de Antonio Pereira.

Publicado este verano, en el suplemento "Babelia" del periódico El País, "Bradomín" es una llamativa síntesis de la narrativa menor de Antonio Pereira. Situado en el contexto de un hospital, el espacio tiene que ver con alguno de los relatos, concretamente con "El ingeniero Balboa". Planteado "in medias res" y sin respetar la puntuación gráfica convencional, "Bradomín" relata el encuentro de dos viejos aristócratas. Lo es el narrador, aunque se presenta de forma humilde, mientras recuerda las causas del accidente: "Con el despertar había ido reviviendo el viraje brusco del coche que me llevaba a Santiago, la maldición del conductor". El espacio es galaico, muy querido por Pereira: "En el hospital, en una ciudad de la Galicia más interna, me dijeron que se estaba construyendo un hospital nuevo y que en este de ahora el operado de una rodilla podía tener de compañero a un demente senil".

El accidente (y, sobre todo, el demente senil que va a ser su compañero) acabará siendo una bendita coyuntura. Se trata de un loco egregio, quijotesco, como se observa en su conducta. El "demente senil" que le ha correspondido de compañero... aparte de "pacífico" –leemos- se me presentó cortésmente, soy el Marqués de Bradomín, y siguió con una sarta de apellidos, los Cela, los Montenegro, y el más improbable, un Bibbiena de Rienzo ". El narrador, ferviente admirador de Valle Inclán, descubre en él otra egregia condición literaria: "Cuando dejaba la cama, y lo hacía según su marquesal gana, su figura era noble y quijotesca, aun con la bata gregaria que te presta la Seguridad Social". Esa condición egregia del nuevo Bradomín se enriquece con su actitud filantrópica: "Yo, en cambio, no podía moverme, con la pierna estirada y prisionera de un cepo odioso. Me conmovió que una noche hubo necesidad de vaciar mi orinal y él marqués' lo hizo con sencillez, aunque suspirando". Su tristeza es lógica en su condición actual: *"En el palacio de Viana del Prior, murmuró, había siempre un casiller solícito, pero ya se lo dije a usted, eso es una república que sólo arreglaremos con el triunfo definitivo de la causa"*.

No falta en el relato una torpe Maritornes, como la del capítulo XVI de El Quijote, una enfermera zafia, de tuteo injustificado en su expresión, aunque nada propensa a confusiones eróticas. Es explicable la reflexión de Bradomín: " ¡Moza insolente!, en la noble casa de nuestro linaje a una criada como tú se la tendría para el cuidado de los cerdos, con perdón, y 'el marqués' me dirigió a mí el "con perdón ".

Pero las sorpresas no acaban en la brevedad de este ingenioso relato: "El joven médico residente que atendía nuestra planta, en una de sus visitas me encontró solo y me dio algunas noticias sobre mi compañero de habitación. El marqués era, hasta su caída en la insania, profesor de instituto, formado en su juventud al calor de Otero Pedrayo". Y el traumatólogo: le advierte al narrador: "me dijo que mi problema requería tiempo.

Y aquí aparece la clave del relato, de la experiencia: la literatura como terapia: "Opté por vivirlo como una ficción ", confiesa el narrador. De esta forma, su obligada estancia hospitalaria le obliga a llenar su tedio con hipótesis literarias: *"Ciertamente, el marqués (empezaba a verlo sin comillas) resultó un doble fantástico de mi admirado Bradomín. Le noté una predilección por Sonata de otoño. Hablando de la pobre Concha, su amante moribunda en el palacio de Brandeso, se le soltó una lágrima que resbaló despaciosa hasta perderse en la fronda de su barba"*.

La tristeza, como al verdadero Marqués de Bradomín, se le toma en entusiasmo evocando otros pasajes de su vida: "Pero se encandiló al hablar de Tierra Caliente, aunque no quiso contestar cuando le pregunté si realmente habían sido siete los copiosos sacrificios que ofrendara a la Niña Chole en una noche, tórrida".

El desenlace es un triste final, aunque aliviado por la esperanza humana de la literatura: "Una mañana aparecieron en la habitación dos mozos fornidos, con las batas blancas donde podía leerse: Psiquiátrico de Conxo. Le ayudaron a recoger sus pertenencias escasas y yo los miré con malos ojos" No es extraño: "porque venían a quitarme el único libro que me consolaba entre cuatro paredes blancas".

* * *

4. Conclusión

El relato es sin duda un buen reflejo de la narrativa menor de Antonio Pereira, fervoroso admirador de ese Valle Inclán que (casado con Josefina Blanco, la actriz de teatro leonesa) sentía una admiración estética sin límites por la catedral de León. Uno de los capítulos de La lámpara maravillosa (uno de los mejores tratados de la estética modernista) tiene como escenario y motivo de reflexión casi mística las vidrieras de la pulchra leonina.

El sentido de la belleza modernista, decadente, no es difícil descubrirlo en relatos del escritor, como en el titulado "La divisa en la torre". Y no sería difícil descubrir el efecto de terapia que la creación puede tener. O el sentido creador de la demencia, no siempre locura sin sentido.

Como final sólo me queda recordar aquellos versos viejos dicho sea en el mejor de los sentidos, del poema "Un árbol con su sombra prevenida" del maestro Antonio Pereira:

Os presto el corazón por mientras valga.

Y otorgo:

Que dejo reservado

el huerto familiar de la costumbre,

y un árbol con su sombra prevenida,

creciendo lentamente...

Y esperando,